

Napoleón, lleno de impaciencia, le dirigió la carta siguiente que merece ser reproducida por la historia.

*«Nogent del Sena, 24 de febrero de 1814.»*

»Tengo á la vista una carta que el 16 habéis escrito al ministro de la Guerra, y esta carta me ha afectado vivamente. ¡Cómo! ¡Seis horas después de haber recibido las primeras tropas llegadas de España, no os habéis puesto en campaña! Seis horas de reposo les bastaban. Yo he ganado el combate de Nangis con la brigada de dragones llegada de España y que no había descansado desde Bayona. Decís que á los seis batallones de Nimes les faltaban vestuario, armas é instrucción: ¡qué pobre argumento es ese, Augereau! Yo he destruído ochenta mil enemigos con batallones compuestos de quintos sin cartucheras y estando apenas uniformados. Decís que los guardias nacionales causan lástima. Yo tengo aquí cuatro mil de Angers y Bretaña con sus sombreros redondos y aunque sin cartucheras, tienen buenos fusiles, y he sacado un brillante partido de ellos. No hay dinero, añadís; y ¿de dónde queréis sacarlo? No podréis tenerlo sino cuando hayamos arrancado vuestras rentas de manos del enemigo. No tenéis caballos; tomadlos por doquiera. ¡Os faltan almacenes! ¡Esto sí que es ridículo! Os doy la orden de ponerlos en campaña á las doce horas de recibir esta carta. Conservad el mando si seguís siendo el Augereau de Castiglione, pero si os pesan vuestros sesenta años, entregadlo al más antiguo de vuestros oficiales generales. La patria está amenazada de peligro y no puede ser salvada más que con audacia y buena voluntad, no con vanas contemporizaciones. Debéis tener un núcleo de más de seis mil hombres de tropas escogidas; yo no tengo tanto, y sin embargo he destruído tres ejércitos, he cogido cuarenta mil prisioneros, doscientos cañones, y salvado por tres veces la capital. El enemigo huye por todas partes hacia Troyes. Sed el primero en el combate. Ya no estamos en el caso de obrar como en otro tiempo, sino que es preciso ponerse las botas y tener el ánimo del 93. Cuando los franceses distinguen vuestro penacho en las avanzadas y os vean el primero exponeros á los tiros, entonces haréis todo cuanto queráis.»

No lejos de Augereau se encontraba el ejército de Italia al cual Napoleón había mandado la orden de pasar otra vez los Alpes y marchar á Lyon; pero esta orden había sido expedida demasiado tarde, cuando ya el príncipe Eugenio estaba empeñado en los más rudos combates con el ejército austriaco. Envuelto sobre su derecha por los destacamentos austriacos que la marina inglesa había desembarcado á esta parte del Adige, el príncipe Eugenio se había visto obligado á separarse de este río de donde el ejército se había alejado con la más profunda tristeza. Había ido á establecerse detrás del Mincio con la izquierda en Goito y la derecha en Mantua, y firme en la resolución de hacerse allí fuerte. En efecto, viendo á los austriacos ocupados en pasar el Mincio sobre su izquierda hacia Valegio, había dejado al general Verdier en posición con un tercio del ejército, y había atravesado el río con los otros dos tercios por los puentes de Goito y de Mantua; después, haciendo avanzar esta masa por un rápido movimiento de conversión, había cogido de flanco al ejército austriaco en tanto que marchaba al punto por donde quería pasar, y

le había muerto, herido y tomado de seis á siete mil hombres en las llanuras de Roverbella. Además cogió mucha artillería, todo lo cual nos había costado unos tres mil hombres. Relativamente para nosotros esta pérdida era considerable, pero nuestras tropas habían demostrado un valor admirable, su joven general un talento militar que empezaba á ser grande, y los austriacos confusos habían retrocedido hacia el Adige, y suspendido sus proyectos de conquistar hasta el día en que Murat cumpliera sus promesas.

Estas eran las noticias que Mr. de Tascher, ayudante de campo del príncipe Eugenio, llevaba á Napoleón en el momento mismo del combate de Montereau. La determinación de evacuar la Italia era delicada y digna de meditarse, después de una brillante victoria en el Mincio y de las victorias más brillantes aún del Sena y del Marne. Cuando Napoleón había ordenado esta evacuación, lo había hecho no solamente por la necesidad de concentrar sus fuerzas, sino con la esperanza de que las tropas sacadas de Italia llegarían al Ródano á tiempo para ser allí útiles. La situación presente debía provocar nuevas reflexiones. Sin duda, si el príncipe Eugenio hubiese podido llevar á Lyon los treinta mil soldados que habían ganado la batalla de Roverbella, si hubiese podido unirlos á los veinte mil soldados del mariscal Suchet, lo que habría hecho cincuenta mil hombres de viejas tropas, y con semejantes fuerzas hubiese caído por Dijón sobre la retaguardia del príncipe de Schwartzberg, es probable que ninguno de los aliados habría vuelto á pasar el Rhin, y este resultado valía seguramente todos los sacrificios imaginables. Pero Napoleón, instruído demasiado tarde sobre el proyecto de los aliados de hacer una campaña de invierno, no había expedido al príncipe Eugenio la orden de entrar en Francia hasta fines de enero, cuando este príncipe se hallaba empeñado en las más difíciles operaciones, y cuando no podía retirarse sino habiendo salido victorioso. Actualmente, si persistía en la orden que le llamaba, no podría estar en Lyon antes de fin de marzo, y para esta época Napoleón debía haber sido vencido ó estar vencedor. Además esta retirada era el abandono voluntario de Italia, es decir, la pérdida de una prenda que en Chatillón podía ser de un valor muy alto. Aunque Napoleón no se batiera entonces más que por la línea del Rhin, tener en sus manos el Mincio y el Po, y de un modo seguro, era un medio de facilitar por vía de compensación la concesión del Rhin. Teniendo, pues, pocas probabilidades de hacer llegar á tiempo á las tropas del príncipe Eugenio, y teniendo muchas de conservar la Italia, lo que era de una grande importancia para las negociaciones, tomó el partido cuyas consecuencias fueron fatales, de no abandonar la Lombardia. Aunque sus razones tuviesen un valor incontestable, evidentemente fueron inspiradas por la confianza que le habían infundido sus últimas victorias, y era lástima, pues lo más seguro hubiese sido aún llamar á los treinta mil hombres del príncipe Eugenio. En la guerra la cadena de los acontecimientos se alarga tan fácilmente, que jamás se debe renunciar á una prudente precaución por el temor de que sea tardía.

Napoleón tuvo que ocuparse también de los ejércitos que defendían los Pirineos y cuyos socorros le habrían sido muy útiles. El mariscal Suchet no había cesado de

pedir permiso para evacuar á Barcelona y algunas de las plazas de Cataluña: en cuanto á las de la baja Cataluña y reino de Valencia, como Sagunto, Peñíscola, Tortosa, Mequinenza y Lérida, no podían ya ser evacuadas en tiempo oportuno. Sacando de Barcelona siete ú ocho mil hombres y otros tantos de las plazas pequeñas, reuniendo estos quince mil hombres con los quince mil que le quedaban después de la marcha de la división encaminada á Lyon, el mariscal Suchet se habría hecho con unos treinta mil hombres, y con semejantes fuerzas, si se le llamaba á Lyon, aún podría decidir la suerte de la Francia. Hasta el 11 de febrero había esperado la contestación del ministro de la Guerra, y viendo que no llegaba, había pasado la frontera, dejando ocho mil hombres en la plaza de Barcelona que no se había atrevido á abandonar sin una orden formal. Napoleón procuró reparar esta falta del ministro de la Guerra exclusivamente, y dió al mariscal Suchet la orden no sólo de evacuar á Barcelona, sino los demás puntos que ocupaba aún, añadiéndole que se creara con estas fuerzas un gran cuerpo de ejército con el cual marcharía á Lyon, no dejando en Perpiñán y en el Rosellón más que las guarniciones absolutamente indispensables.

El mariscal Soult, gracias al sistema temporizador de lord Wellington, se había mantenido, no en el Bidasoa ni en el Nive, que había perdido sucesivamente, sino en el Adour y en Olerón. Había colocado cuatro divisiones en Bayona con el general Reille, dos en el Adour con el general Foy, y cuatro detrás de Olerón bajo sus órdenes. El general Harispe formaba su extrema izquierda en Navarreins; él formaba el centro en Peyrehorade, en la confluencia del Olerón con el Adour, y el general Reille formaba su derecha en Bayona. Dueño de la navegación del Adour podía abastecer á Bayona y procurar víveres y municiones á todas las partes de su ejército. Establecido así detrás del ángulo de los dos ríos, con unos cuarenta mil hombres de viejas tropas (deducidos los quince mil mandados á Napoleón), contenía á su adversario que no se atrevía á avanzar sin los españoles, por no considerarse bastante fuerte, ni á entrar en Francia con ellos por miedo de que no hicieran insurreccionar á los campesinos con el saqueo. El general inglés esperaba, pues, para tomar la ofensiva, primero, que cesaran las abundantes lluvias, y segundo, que su gobierno le mandara dinero para pagar á los españoles, único medio de conservar entre ellos la disciplina.

Napoleón, pensando aún que podría sacar algunos recursos de este valiente ejército, renovó al mariscal Soult el mandato de llenar con quintos el vacío de sus cuadros y de prepararse á enviarle á la primera señal unos diez mil hombres. No queriendo, sin embargo, descubrir á Burdeos, á causa de la importancia moral y política de esta ciudad, se había decidido á no tomarle al mariscal Soult este recurso sino en el último extremo. Sus actuales triunfos le daban esperanzas de no verse nunca reducido á esto. Así pues, los dos días pasados en Montereau en tanto que marchaban las tropas, se emplearon útilmente. Antes de partir Napoleón creyó deber contestar á la carta que le había traído el ayudante de campo del príncipe de Schwartzberg.

Al fin acababa de saber lo que había tenido lugar en Chatillón después de reanudadas las conferencias. El 16 de febrero se había entregado á Mr. de Caulaincourt

una carta confidencial de Mr. de Metternich, en la cual este ministro al darle parte de los esfuerzos que había tenido que hacer para vencer la mala voluntad de las cortes aliadas, le manifestaba que para conseguirlo se había valido de su carta confidencial, y le anunciaba que se suspendería el curso de las hostilidades con la condición de que se aceptarían formalmente las bases de Chatillón. Mr. de Metternich terminaba instando á Mr. de Caulaincourt á que aprovechara esta última ocasión de concluir la paz. En la mañana del 17 los plenipotenciarios estando reunidos habían declarado que se continuaban las conferencias, pero únicamente bajo la afirmación positiva de que el plenipotenciario francés estaba pronto á someterse á las condiciones propuestas en la última sesión. En seguida presentaron una serie de preliminares más insultantes, si era dable aún, que el protocolo del 7 de febrero. Estos artículos decían que la Francia entraría en sus antiguos límites, salvo algunas rectificaciones de fronteras que no alterarían en nada el principio propuesto; que no se mezclaría en modo alguno en la suerte de los territorios cedidos, ni en el arreglo general de los Estados europeos; que se limitaban á comunicarle que la Alemania compondría un estado federativo; que la Holanda, aumentada con la Bélgica, sería constituida en reino; que la Italia sería independiente de la Francia, y que el Austria tendría en Italia posesiones cuya extensión las cortes aliadas determinarían más tarde; que la España continental sería restituida á Fernando VII; que, en cambio de estos sacrificios, la Inglaterra devolvería la Martinica y además la Guadalupe, si la Suecia quería restituirla, pero que conservaría la isla de Francia y la de Borbón. En cuanto al Cabo, á la isla de Malta y á las islas Jónicas, no se hablaba más de ellas que de todas las posesiones abandonadas por la Francia en Italia, en Alemania y en Polonia.

Tales fueron estos artículos que ya estaban contenidos en el protocolo del 9 de febrero, pero de una manera menos ofensiva y menos explícita, y que eran propuestos esta vez como condición de una suspensión de armas que la Francia no había pedido oficialmente, y sobre todo no había prometido pagar á precio semejante.

Mr. de Caulaincourt los escuchó con calma diciendo que aparentemente no se quería la paz, puesto que al fondo de las cosas, de suyo tan triste ya, se unían formas tan insultantes; que recibía estas comunicaciones para dar parte de ellas á su soberano, y que se explicaría á su tiempo sobre el asunto. Entonces le pidieron un contraproyecto. Respondió que presentaría uno más tarde, y preciso es decir, á pesar del respeto que se debe á un hombre que se sacrificaba por puro patriotismo al papel más doloroso, que el temor de comprometer la paz le impidió quizá demasiado manifestar su indignación. Los diplomáticos que le eran contrarios creyeron en efecto que, aunque encontrando esas condiciones afrentosas, las aceptarían, y que si debían hallar algún obstáculo sería el indómito carácter de Napoleón. Más habría valido que Mr. de Caulaincourt se mostrara indignado como el mismo Napoleón habría podido mostrarse. Esta conducta habría podido comprometer no la paz, siempre segura con tales condiciones, sino el trono imperial, y era preciso hacer como Napoleón, preferir el honor al trono. Añadiremos, sin embargo, que si Na-



poleón podía discernir de esa suerte, su ministro Mr. de Caulaincourt no estaba igualmente autorizado para ello, y que después de la Francia la primera consideración que debía tener era por el trono de su soberano.

Sea como quiera, Mr. de Caulaincourt dirigió los más prudentes consejos á Napoleón, diciéndole que, aunque conocía que esas condiciones no eran aceptables, siempre habría medio de mejorarlas; que á la verdad no se obtendrían jamás las bases de Francfort, á menos que no se precipitara á los aliados hasta el Rhin, pero que si se aprovechaban las victorias actuales para transigir, sería posible, una vez satisfecha la Inglaterra, obtener algo mejor que las fronteras de 1790, aunque nunca sin embargo lo que se entendía por los límites naturales.

Efectivamente, abandonando la España, la Italia, todas las partes de Alemania, la Holanda y la Bélgica, era posible obtener Maguncia, Coblenza y Colonia; podía tener el Rhin, renunciando al Escalda. Ciertamente una paz así debía concluirse, si no por Napoleón, al menos por la Francia. Ahora bien; con una victoria más esta paz habría podido asegurarse, y era prudente, pues, asegurarla. Sin explicarse sobre lo que había que sacrificar en cuanto á los límites naturales, Mr. de Caulaincourt suplicó á Napoleón que no se mostrara demasiado absoluto, y con razón le dijo que se equivocaba si creía que sus victorias le habían elevado de nuevo á la altura de las bases de Francfort, si bien era posible aproximarse á ellas presentando un contraproyecto moderado.

Cuando Napoleón recibió en Montreaux estas comunicaciones, se puso furioso y escribió inmediatamente á Mr. de Caulaincourt la siguiente carta:

«Os considero como en carta privada, sin saber nada de mis negocios y dominado por influencias impostoras. Así que llegue á Troyes, os mandaré ese contraproyecto que debéis presentar. Doy gracias al cielo porque ha llegado á mi poder esta nota, pues no habrá un francés á quien no le haga hervir la sangre de indignación. Por esto quiero dar yo mi ultimátum... Siento que no hayáis hecho conocer en una nota que la Francia, para ser tan fuerte como era en 1789, debe tener sus límites naturales en compensación del reparto de la Polonia, de la destrucción de la república de Venecia, de la secularización del clero en Alemania y de las grandes adquisiciones hechas por los ingleses en el Asia. Decid que esperáis las órdenes de vuestro gobierno, y que no es extraño que se hagan esperar, puesto que obligan á vuestros correos á dar rodeos de setenta y dos horas, por lo cual os han faltado tres. En represalias yo he dado ya la orden de prender á los correos ingleses.

»Estoy tan indignado con el infame proyecto que me habéis mandado, que me creo deshonrado sólo con haberme puesto en el caso de oír lo que proponen. Desde Troyes ó desde Chatillon os daré á conocer mis intenciones; pero creo que habría preferido perder París, antes que ver hacer tales proposiciones al pueblo francés. Me habláis siempre de los Borbones; preferiría ver á los Borbones en Francia con condiciones razonables, antes que pasar por las infames proposiciones que me habéis enviado.

»Surville, cerca de Montreaux, 19 de febrero de 1814.»

Pasada la primera impresión, Napoleón apreció los prudentes consejos de Mr. de Caulaincourt y consintió

en proseguir las negociaciones no ya sobre las bases que había encargado á su plenipotenciario que llevara á Manheim y que comprendían el Rhin hasta el Wahal, un reino para el príncipe Jerónimo en Alemania, otro para el príncipe Eugenio en Italia, y una parte del Piamonte para la Francia; sino sobre bases nuevas que consistían en pedir pura y simplemente los límites naturales, es decir, el Rhin hasta Dusseldorf; en Italia nada más que una indemnización para el príncipe Eugenio, y en fin la justa influencia de la Francia en el arreglo de los Estados europeos. Pero no se quedó atenido á esta comunicación oficial: sabiendo la mala inteligencia que existía entre los aliados, que los austriacos especialmente estaban cansados de la guerra y ofuscados con la supremacía afectada de los rusos, imaginó contestar al paso que habían dado cerca de él con una carta que dirigiría al emperador Francisco, y con otra que el mayor general Berthier enviaría al príncipe de Schwartzemberg. En estas cartas, escritas con sumo cuidado, se esforzaba por hablar el lenguaje de la política de la razón. Decía que se había apelado á la victoria, que la victoria se había pronunciado ya, que sus ejércitos se hallaban en tan buen estado como siempre, y que pronto serían muy numerosos; que tenía, pues, completa confianza en las consecuencias de la lucha si se prolongaba; que, sin embargo, marchaba en aquel momento hacia Troyes; que el próximo encuentro tendría lugar entre un ejército francés y un ejército austriaco; que creía salir vencedor, y que esta confianza no debía sorprender á nadie, pero que conociendo los azares de la guerra, querría considerar como dudosa esta suposición y que razonaría en una doble hipótesis, á saber: que si él era vencedor, la coalición estaba perdida, y que entonces sería él más exigente que nunca, pues le autorizarían para serlo sus peligros y sus triunfos; que por el contrario si era vencido, el equilibrio de Europa se rompería más de lo que ya estaba, pero en provecho de la Rusia y á expensas del Austria; que ésta quedaría menos á su gusto y más dominada por su orgulloso rival; que, por consiguiente, nada ganaría con una batalla que en ese caso le haría perder todos los frutos de la batalla de Leipsick, y en otro la haría más dependiente de lo que lo era de la Rusia; que lo que podía querer, verbi gracia, en Italia la Francia se lo cedería al instante con tal que se volvieran á pasar los Alpes; y que de este modo, sin contar los lazos de la sangre, que deberían ser algo entre ellos, el verdadero interés del Austria estaba en concluir la paz bajo las condiciones que ella misma había ofrecido en Francfort.

A estos raciocinios envueltos en muchas palabras melosas y lisonjeras para el emperador Francisco, Napoleón había unido otros no menos especiosos en la carta destinada al príncipe Schwartzemberg, y muy propios para interesar á este príncipe en su prudencia militar y en su orgullo, que ajaban de continuo los generales rusos y prusianos. Estas cartas fueron enviadas una y otra á manera de contestación al último paso del príncipe de Schwartzemberg. Desgraciadamente, aunque escritas con mucha habilidad, no se armonizaban completamente con la situación moral de las potencias aliadas, que Napoleón desde el centro de su campamento no podía apreciar con entero conocimiento de causa. Si el Austria hubiese estado menos atada con los lazos de la

coalición; si no hubiese temido tanto romper esta coalición que una vez disuelta la dejaba bajo la mano de hierro de Napoleón; sino hubiese temido tanto el carácter de este último, habría podido prestar oídos á las consideraciones que por muchos conceptos correspondían al espíritu político del emperador Francisco, á la moderación de su primer ministro y al amor propio herido de su general en jefe. Pero era de creer que el Austria, en vez de guardar estas cartas para sí, las enseñaría á sus aliados con el fin de poner su buena fe al abrigo de toda sospecha; que entonces en vista de ellas se harían nuevas protestas de fidelidad y que se estrecharían más y más los unos y los otros para resistir á un enemigo que tan pronto era un león como un rapsodo. Por consiguiente más se arriesgaba que podía ganarse con esta tentativa cerca de la corte austriaca.

Como quiera que sea, después de haberse ocupado en esto Napoleón y mientras sus tropas habían llegado á la altura donde él las quería, partió del castillo de Surville el 21 por la mañana, pasó el Sena por Montreaux y subió hasta Nogent. Mas el país se hallaba tan devastado que, desesperando de poder subsistir en él, pidió con urgencia víveres á París. Aun dentro de Nogent estaba todo en un estado lastimoso á causa del último combate. Napoleón socorrió con sus fondos privados á las Hermanas de la Caridad que habían cuidado á los heridos bajo las balas enemigas y á los habitantes que más perjuicios habían sufrido.

El día siguiente, 22, continuó siguiendo el Sena y se dirigió hacia Mery, punto donde la corriente del río se desvía y en vez de describir una línea de Oeste á Este la describe de Nordeste á Sudeste, de Mery á Troyes. Seguía la carretera de Troyes llevando consigo las tropas del mariscal Oudinot (división de joven guardia Rothembourg, y división Boyer de España), la vieja guardia, las divisiones joven guardia de Ney y Víctor, la reserva de caballería y en fin la reserva de artillería. A la derecha, por caminos de atajo, se avanzaba el mariscal Macdonald con el 11.º cuerpo, y un poco más á la derecha el general Gerard, 2.º cuerpo y la reserva de París. En la otra orilla del Sena, por los alrededores de Sezanne, Grouchy con su caballería y la división Leval se disponían á unirse á Napoleón por Nogent, y Marmont con el 6.º cuerpo ocupaba el país entre el Sena y el Marne, para observar á Blücher y ligarse con el general Mortier enviado hacia Soissons. Sin contar las tropas de Marmont, las fuerzas de Napoleón, con las tropas de Grouchy y Leval, se elevaban á unos setenta mil hombres.

Napoleón esperaba continuamente dar una batalla que deseaba, pues desde la inauguración de la campaña no había tenido nunca setenta mil hombres bajo su mando, sin contar que bastaba un día para que se le reuniera Marmont. Como ya hemos dicho, buscando una combinación que pudiese hacer que esta batalla fuese decisiva, había renunciado á seguir al príncipe de Schwartzemberg por la carretera de Troyes y había imaginado pasar el Sena por Mery, subirle rápidamente por la orilla derecha dejando al príncipe de Schwartzemberg en la izquierda, adelantarse á él á la altura de Troyes y entonces volver á pasar el río para ofrecerle la batalla entre Troyes y Vandœuvre, después de haberle tomado toda su línea de retirada. Si este plan

podía ejecutarse debía tener sin duda inmensas consecuencias.

Bajo este concepto, el 22 por la mañana se dieron las órdenes convenientes; nuestra vanguardia rechazó á la retaguardia del príncipe de Wittgenstein hacia Chartres, y se arrojó en seguida sobre el puente de Mery, que es muy largo porque coge varios brazos del río y terrenos pantanosos. Este puente, construido sobre estacas, había sido medio incendiado; sin embargo, nuestros cazadores, corriendo sobre las puntas de las estacas, empeñaron un vivo combate con los cazadores enemigos, y consiguieron apoderarse de Mery. Pero en breve un horroroso fuego que se declaró en la población, que los rusos habían incendiado, hubo de detener nuestros progresos. El calor era tan intenso que fué preciso ceder el terreno no á los enemigos, sino al incendio, y volver á las márgenes del Sena. En el mismo instante asomaron tropas numerosas por las afueras de Mery y fué preciso renunciar á pasar adelante. Estas tropas que se descubrían no eran ni los rusos del príncipe de Wittgenstein, ni los bávaros del mariscal de Wrede que habría sido natural encontrar en esa dirección, sino los prusianos que el 15 perseguía Mortier por el otro lado del Marne, y que parecían haber quedado fuera de combate por algún tiempo. En siete días se habían repuesto y reforzado sin que se supiera cómo ni con quién; Napoleón se quedó sorprendido.

Muy pronto le ilustraron sobre este punto los prusianos y las noticias llegadas de las márgenes del Marne. Después que había batido en detalle á los cuatro cuerpos del ejército de Silesia, estos cuatro cuerpos habían procurado rehacerse y en parte lo habían conseguido. Viéndose activamente perseguidos por el camino de Soissons, los generales York y Sacken se habían desviado á la derecha, y por Oulchy, Fismes y Reims, habían vuelto á Chalons, punto de reunión que les había señalado Blücher. Reunidos con los restos de Kleist y Langerón, formaban un cuerpo de treinta y dos mil hombres. El orgullo de este ejército había sido humillado cruelmente. Compuesto de lo más exaltado que había entre rusos y prusianos, y teniendo á su cabeza al audaz Blücher y á todos los oficiales del Tugend-Bund, no podía consolarse de sus terribles descalabros después de haberse burlado tanto de la timidez del ejército de Bohemia. Por eso ardía en deseos de volver á entrar en campaña, y á toda costa quería reparar sus desastres. Se había presentado una ocasión, y la acogía con presteza.

Marmont, después de la terrible jornada de Vauchamps, se había detenido en Etoges. Semejante pausa en la persecución por parte de los franceses, indicaba claramente que Napoleón había caído sobre el príncipe de Schwartzemberg para repetir contra el ejército de Bohemia la maniobra que había tenido tan buen resultado contra el de Silesia. Esta conjetura tomaba carácter de certeza, si se pensaba que habiendo avanzado Schwartzemberg hasta Fontainebleau y Provins, Napoleón no habría podido sufrir que se aproximara tanto á París sin correr á su encuentro.

En este caso el ejército de Silesia tenía un partido que tomar, y era el de correrse del Marne al Sena, donde encontraría probablemente al destacamento de Marmont puesto en observación y sobre el cual se vengaría



de las cuatro crueles derrotas que acababa de sufrir.

Tomadas estas resoluciones, Blücher no había dado más que dos días de descanso á sus tropas y había enviado un correo tras otro al príncipe de Schwartzberg para informarle de sus nuevas empresas. La llegada de refuerzos bastante considerables le había afirmado en sus proyectos. Hasta entonces no había tenido más que una mitad de los cuerpos de Kleist y Langerón, y lo restante de estos dos cuerpos, reemplazados sucesivamente en el bloqueo de las plazas, acababa de unírsele. El cuerpo de Saint-Priest, dirigido en un principio hacia Coblenza, llegaba también, y el 18, al ponerse en marcha de Chalóns hacia Arcís, el mariscal Blücher había recibido entre caballería é infantería de quince á diez y seis mil hombres de refuerzo, de modo que su ejército reducido por los golpes de Napoleón á treinta y dos mil hombres de más de sesenta mil que tenía, de repente había recobrado una fuerza de unos cuarenta mil combatientes, y por consiguiente se encontraba en estado de hacer alguna cosa. ¡Tan cierto es que en la guerra la pasión produce á veces los efectos del genio, porque suple con la fuerza de la voluntad la fuerza del talento!

Blücher se puso, pues, en marcha por Arcís, y habiendo sabido en el camino que el príncipe de Schwartzberg replegado hacia Troyes le esperaba para dar la batalla, se había dirigido en línea recta hacia Mery con objeto de llegar más pronto al punto de reunión, y poder caer así sobre el flanco del ejército francés que le suponía persiguiendo al ejército de Bohemia.

Encontrando Napoleón á Blücher en Mery sobre la derecha del Sena, no debía ya pensar en dirigirse él por el mismo sitio. No imaginando, sin embargo, que el general prusiano hubiese podido reorganizar tan pronto un ejército de cincuenta mil hombres, se alarmó muy poco con su aparición, y no desesperó de poder luchar al día siguiente ó al otro cuerpo á cuerpo con el príncipe de Schwartzberg y derrotarle. Sus soldados creían de nuevo en su superioridad y él en su fortuna, y marchaban todos con júbilo á la grande batalla que se preparaba. Napoleón resolvió marchar al día siguiente, 23 de febrero, sobre Troyes.

Pero en tanto que buscaba esta batalla, su principal adversario renunciaba á darla. El príncipe de Schwartzberg estaba justamente espantado por encontrarse en presencia de Napoleón, á quien suponía á la cabeza de fuerzas considerables, y no quería arriesgar en un día la suerte de la coalición. Le habían dado noticias exageradas sobre las tropas llegadas de España, y en cuanto á su valor ya lo había conocido en el combate de Nangís. Calculaba las fuerzas de Napoleón, en ochenta ó noventa mil hombres exaltados por la victoria y por una situación extraordinaria. Separado de Blücher, á quien no creía tan cerca, estaba reducido á cien mil hombres á consecuencia de los combates que se habían dado y los destacamentos que había sido preciso hacer. Estos cien mil hombres no estaban tan bien concentrados como los ochenta mil atribuidos á Napoleón, y no parecía prudente, cuando con ciento setenta mil habían salido vencidos en la Rothiere por cuarenta mil (éste era el número que equivocadamente suponían á Napoleón en aquel día), arriesgar cien mil contra ochenta mil.

Además, si eran batidos, en un instante se hallaban de nuevo en el Rhin, perdían en un día el fruto de las campañas de 1812 y 1813, y dejaban al opresor común más exigente y más déspota que nunca. Para los rusos y los prusianos que la pasión dominaba, que tenían mucho que ganar en el triunfo, si es verdad que tenían mucho que perder en una derrota, podía haber motivos para exponerse de este modo á correr los más grandes peligros; pero en cuanto á los austriacos que se exponían á perder en un día lo que habían ganado en un año, cuando la victoria no prometía más que un aumento de preponderancia para los rusos, tenían á la verdad muy poco que ganar en la prolongación de la lucha, sobre todo después de lo que Napoleón les ofrecía sin combate. La doble carta de Napoleón, aunque teniendo el inconveniente de declarar demasiado la intención de desunir á sus enemigos, no había dejado de dividirlos un poco provocando en los austriacos esas reflexiones bien naturales. Por otra parte, una circunstancia alarmante se unía á las que hacían valer en favor de una suspensión de armas. En tanto que habían recibido la noticia positiva de que un fuerte destacamento de España llegaba por Orleáns á París, se esparcía también el rumor de que llegaba otro destacamento aún más fuerte mandado por el mariscal Suchet en persona que se dirigía de Perpiñán á Lyon; pues en la guerra donde las impresiones son tan vivas, se aumentan los hechos, aun siendo verdaderos, hasta el punto de convertirlos en mentiras. El conde de Bubna, colocado entre Ginebra y Lyon, temiendo tener que habérselas con cincuenta ó sesenta mil hombres, pedía constantemente socorros y anunciaba grandes desastres si no se atendían sus instancias. En efecto, ¿qué sucedería si se daba y se perdía una batalla en el Franco Condado á retaguardia de los ejércitos aliados? Era preciso, pues, para evitar esa batalla destacar sin demora unos veinte mil hombres en socorro del conde de Bubna, es decir, reducirse á ochenta mil hombres y estar así enfrente de Napoleón con fuerzas apenas iguales á las suyas, lo que era una gravísima imprudencia. Es cierto que quedaba Blücher cuyas fuerzas en la actualidad se ignoraban, pero cuyo carácter se conocía, y cuya independencia era tal, que á pesar de su celo no podían lisonjearse de tener á su disposición los cuarenta ó cincuenta mil hombres que quizá traía consigo.

Por estas razones, de cierto peso en verdad, el prudente príncipe de Schwartzberg opinaba que se debía evitar una batalla general; retirarse hacia Brienne, Bar del Aube y Langres; esperar allí los refuerzos que se habían anunciado; mandar al mismo tiempo por Dijón al conde de Bubna veinte mil hombres, y para resguardarse durante este tiempo de los ataques de Napoleón, contestar á su doble carta proponiendo un armisticio, armisticio que quizá traería la paz, y si no la traía les daría tiempo para asegurarse la victoria.

Estas razones fueron discutidas el día 22 en un consejo que celebraron en el cuartel general, en presencia de los tres soberanos, los generales y los ministros de la coalición. Alejandro, tan fogoso hacía poco tiempo, no se atrevía ahora á ser el apóstol de la moderación, pero demostraba menos altanería de sentimientos y de lenguaje. El partido ardiente, aunque privado de Blücher y de su estado mayor, que se hallaba en Mery,

encontró sin embargo algunos órganos, y por su cuenta se dijo que retroceder era una debilidad cuyo efecto moral sería ciertamente muy funesto; que en la posición en que estaban colocados era preciso vencer ó morir; que con la reunión del ejército de Silesia se tendrían casi dobles fuerzas que Napoleón, y entonces saldrían vencedores porque era indigno suponer que serían vencidos combatiendo en la proporción de dos contra uno; que en todo caso no les quedaba otro partido que tomar, pues un movimiento retrógrado arruinaría completamente los asuntos de la coalición; que volverse á Langres era irse á una comarca muy pobre por sí y más miserable en el día por la reciente estancia de las tropas; que no podrían vivir allí; que la retirada á Langres traería muy luego la retirada hacia Besanzón; que retroceder de este modo era devolver á Napoleón todo su prestigio y sus partidarios, dar margen á los labradores franceses, que ya asesinaban á los soldados aislados, á que se levantaran en masa y degollaran á cuantos no estuvieran en los cuerpos de ejército; que, en una palabra, vacilar ó retirarse era perecer.

Nadie habría podido decir con certeza quién tenía razón en aquel momento, si los moderados ó los impacientes. En efecto, si los segundos evaluaban las fuerzas respectivas, los segundos cedían á temores fundados cuando se negaban á jugar el todo por el todo contra Napoleón, pues si él hubiese ganado la batalla, como era muy probable, según la disposición de sus tropas, la coalición habría sido arrojada al Rhin. Se puede, pues, sostener que, aunque hubiera timidez en sus cálculos, el príncipe de Schwartzberg tenía sin duda más razón que sus adversarios.

Como quiera que sea, el partido de la moderación insistió, y como había adquirido después de los últimos acontecimientos tanta autoridad como Blücher y los suyos habían perdido; como el emperador Alejandro no apoyaba tanto al partido de Blücher, el príncipe de Schwartzberg hizo prevalecer su opinión y se decidió la proposición de un armisticio. Esta proposición á nada comprometía, ni en cuanto á las condiciones de la paz ni aun con respecto á las del armisticio. Si no era admitida, al menos habría ocupado algunas horas á Napoleón, habría detenido un día su marcha, lo que era mucho; si por el contrario era aceptada, permitiría que fueran á concentrarse los unos en Langres, y los otros en Chalóns, que se reforzaran allí considerablemente, y, en fin, siguiendo el deseo secreto de los austriacos, que se reanudaran las negociaciones pacíficas con más esperanzas de buen éxito, pues una vez en descanso las armas, no se volverían á tomar fácilmente. Los partidarios de la guerra á todo trance, consintieron en que se diera este paso en la esperanza de que á nada conduciría y que haría quizá ganar algunas horas, lo que á los ojos de todos era incontestablemente una ventaja. El príncipe de Schwartzberg eligió al príncipe Wenceslao de Liechtenstein para enviarle al cuartel general francés, con la proposición de designar los comisarios que en las avanzadas de entrambos ejércitos convendrían en una suspensión de hostilidades.

El 23, Napoleón estaba en marcha de Chartres hacia Troyes, cuando cerca de Troyes se presentó el príncipe Wenceslao de Liechtenstein para entregarle el mensaje del príncipe de Schwartzberg. Viendo esta instancia

de los aliados para obtener un armisticio, Napoleón, demasiado pronto, sacó la consecuencia que estaban en una difícil posición, y como no se hallaba en ánimo de sacarles de apuros, resolvió aparentar que los escuchaba, pero sin detenerse. Estaba animado por sus triunfos, por el sentimiento de las cosas grandes que había ejecutado, por la esperanza de las que aún ejecutaría, y no tenía actualmente ninguna razón de prudencia para mostrarse modesto ó circunspecto, pues al contrario, como la jactancia podía ser entonces habilidad, se entregó á ella por disposición del momento y por cálculo.

Habiéndole felicitado mucho el príncipe Wenceslao por las magníficas operaciones que acababa de ejecutar, Napoleón le escuchó con una satisfacción visible; habló mucho de las que preparaba; exageró singularmente la extensión de sus fuerzas; se quejó de las insultantes proposiciones que le habían dirigido, y, pasando de una conversación á otra, le preguntó si era verdad que varios príncipes de Borbón se encontraban en el cuartel general de los aliados. Con efecto, el duque de Angulema trataba de insinuarse entonces en el cuartel general de lord Wellington; el duque de Berry estaba en una fragata en Belle-Ile, procurando agitar los ánimos con su presencia en la Vendée; en fin, el padre de estos príncipes, el conde de Artois, con el título de regente del reino y en representación de Luis XVIII que estaba en Hártwel, había ido á Suiza y después al Franco Condado, para obtener su admisión en el cuartel general de los soberanos; sin embargo, ninguno de estos príncipes había conseguido su objeto todavía.

El enviado del príncipe de Schwartzberg se apresuró á negar toda participación del Austria en manejos contrarios á la dinastía imperial, y afirmó, lo que era verdad, que el conde de Artois había sido alejado del cuartel general. Esta declaración causó más satisfacción á Napoleón de lo que demostró; dijo que iba á ocuparse de la proposición que se le dirigía, y que respondería desde Troyes, en donde pretendía entrar inmediatamente.

Su seguridad, buena para con los prusianos y rusos, no tenía tanta oportunidad con respecto á los austriacos, que deseaban la paz; á éstos era preciso darles esperanzas pacíficas para disponerlos á la moderación en sus miras y al menos á no mostrar entereza en los consejos.

Llegado á las puertas de Troyes, Napoleón encontró á la retaguardia de los aliados decidida á defenderse y aun amenazando con quemar la ciudad si se empeñaba en entrar en ella seguidamente. Esta amenaza por parte de los rusos era demasiado seria para no detenerse; se convino verbalmente en que al otro día 24 los unos saldrían de Troyes y los otros entrarían sin disparar un tiro, ó al menos sin ningún acto de agresión ó de resistencia que pudiera poner en peligro á la ciudad.

Con efecto, á la otra mañana las últimas tropas de la coalición salieron pacíficamente de Troyes, en tanto que las nuestras entraban en buen orden, y Napoleón, que veinte días antes había atravesado esa ciudad casi como un vencido, con el ánimo lleno de presentimientos siniestros, sin saber si podría defender París, y reducido á ordenar que alejaran de la capital á su mujer, su hijo, y su gobierno con sus caudales, Napoleón apa-